

Bonsai brasileño

Britez E E



Capítulo 1

Graciela le dio la espalda al corazón de acero de la ciudad. Cruzó el estacionamiento y entró en el jardín botánico, pasando por debajo del arco blanco de la entrada. Un vistazo a la exuberante colección fue todo lo que necesitó para provocar su sonrisa. Sí, aquí encontraría lo que necesitaba: un árbol receptivo, uno que pudiera escuchar su mensaje y transmitirlo.

Era verano, a mitad de semana, la parte más calurosa de una tarde del sur del litoral, por lo que podía reclamar las diez has. como su oasis privado. Y, oh, cómo acogió la soledad, un descanso de su trabajo agitado. Si ella tuviera que discutir un caso más de tráfico en esa corte congestionada. . . bueno, ella no pensaría en eso ahora.

El jardín, dedicado a las especies amazónicas, parecía un hogar, lo poco que recordaba de ese lugar lejano, casi veinte años atrás. Inhaló el aire familiar con aroma a flores y se preguntó: ¿podría realmente hablar con un árbol? Aunque nunca lo había hecho, estaba decidida a intentarlo. Era la única manera de llegar a su abuelo. Y solo él podía explicar sus pesadillas.

Cerca del centro del jardín, se alejó del camino de asfalto. Trabajó entre flores de heliconias rojas, se arrodilló en la base de un árbol enano, un bonsai brasileño, aunque no tan pequeño como se pueden imaginar, y colocó la palma de la mano derecha contra la corteza manchada de rocío. El árbol tembló ante su toque. Las ramas de arriba se sacudieron y la bañaron con escombros: mechones de semillas, ramitas muertas, hojas destrozadas por el viento.

Alarmada por lo que parecía una reacción de enojo, intentó retirar su mano, pero su palma no se soltaba. A pesar de que luchó hasta el punto del dolor, no hubo liberación de su piel. Y luego, las yemas de sus dedos - idesaparecieron! En el árbol, hasta las articulaciones medias.

Ella gritó, esperando que alguien más hubiera entrado al jardín, pero no hubo respuesta. Otra llamada, un grito. Silencio.

Después de respirar profundamente para sofocar su temblor, se quedó mirando su mano atrapada. ¿Por qué el árbol le haría esto a ella? Recordó una mañana fuera de la aldea, cuando su abuelo, Miguelo, había señalado un árbol extraño y describió su personalidad: generosa, no tan inteligente, sentimental. ¿Era este bonsai malo?

Lo abordó con sus pensamientos, preguntando por qué la había atrapado. Al no escuchar respuesta, se quedó mirando la corteza, imaginó

enviándole la vista a través de sus fototrasportadores, directamente al corazón del árbol.

Pasó un momento vacío, y luego, Graciela sintió una presencia. Una voz sonó dentro de su cabeza, pidiéndole que no se asustara. Sí, el árbol había hablado! De eso, ella estaba segura. Pero ella no pudo hacer lo que le pedía. El miedo, como el ladrido, la sujetaba con un agarre que no cedía.

Ella formó más palabras dentro, las envió con fuerza y claridad al bonsai que la liberara. La respuesta fue no; ella era interesante, quería entenderla, y eso llevaría tiempo.

Ella le dijo al árbol que necesitaba llegar a su abuelo, Miguelo, un chamán famoso por su afinidad con los seres arbóreos, un hombre que podía hablar con los árboles, incluso a cierta distancia. Explicó que había vivido en el Paraguay desde los ocho años, en hogares de acogida, y no tenía idea de dónde estaba su aldea en la Amazonia. Cuando preguntó si el bonsai podía alcanzar a Miguelo, la frialdad la recorrió, como si la presencia del árbol se hubiera retirado. Ella esperó una respuesta, pero ninguna vino.

Gritó pidiendo ayuda hasta que su garganta se tensó por la fatiga. Luego, renunciando a un rescate, sintió que su cuerpo se relajaba. Tal vez su situación no era tan grave. La voz de su captor había sonado cálida. Ella había sentido los tonos acariciando su interior, alcanzando esas áreas de dolor encapsulado.

Sí, su miedo había disminuido, pero otro sentimiento creció por el momento: la alegría. Ella, Graciela, había hablado con un árbol.

Ella se sentó, apoyada en una raíz que apoyaba. Mientras imaginaba que la savia goteaba en su brazo como una transfusión que salvaba vidas, el jardín parecía despertarse. Transfigurada, ella miró y escuchó.

Podía ver toda la escena a la vez, con detalles resplandecientes, cada vena de la hoja, cada zarcillo serpenteando hacia su objetivo. Miles de insectos se agitaron, masticaron, pisaron, zumbaron, escupieron. Un torrente de aromas fluía por su nariz, encendiendo una explosión de placer. Una danza de olfato, sonido, vista, tacto y gusto la envolvió, cada sentido disolviendo sus límites, fusionándose y divergiéndose nuevamente. Y entretejidos a través del espectáculo, tan perceptibles como las cosas materiales, había fragmentos de pensamiento de árbol.

Los habitantes del jardín, se dio cuenta, le dolían, como dolía, por un suelo compatible. Anhelaban echar raíces en suelos nativos que, habiendo

dado forma a sus naturalezas, comprendían sus necesidades especiales.

Escuchó cada voz, hasta que un mensaje del bonsai los silenció, un mensaje cargado de culpa. Aunque Graciela no conocía la ubicación de su hogar de la infancia, había muchas aldeas en la Amazonia, todas enfrentadas a la avalancha de fuerzas con el objetivo de despejar la tierra. Ella debería estar usando sus habilidades para protegerlos.

Una escena de sus pesadillas se abrió en su mente: una motosierra zumbó, un tronco enorme se estrelló contra el suelo. Durante semanas, los sueños la habían atormentado, siempre sobre la selva tropical amenazada. Ella se estremeció cuando una ola de culpa la alcanzó.

Ella tenía años de educación, una licenciatura en derecho. Sí, debería ir al norte de Sudamérica, hacer lo que pueda. Pero, ¿podría ella realmente ayudar a detener la destrucción? Aunque antes había representado a partes ofendidas, esos casos habían sido demandas civiles menores.

En la Amazonia, se enfrentaría a corporaciones poderosas, intereses codiciosos que no se detendrían ante nada para alcanzar sus objetivos.

A través de una distorsionante película de lágrimas, vio el follaje alrededor de su tinte rosado en la tarde. Cuando la luna casi llena dejó su brillo, escuchó un gemido desde la tierra, un crujido de piedra sobre piedra, como si la corteza de la Tierra se abriera. Los temblores sacudieron el jardín.

Ella envolvió su brazo libre alrededor del arbolito y lo apretó con fuerza.

Momentos después, la sacudida disminuyó, pero no todo estaba quieto; un sutil tirón lateral invadió el cuerpo de Graciela. Y encima, a través de ramas de encaje, vio estrellas corriendo. Su mente buscó una explicación, la encontró y no la aceptó. Pero su cuerpo lo sabía, era el suelo el que se movía.

¡El terreno! Barriendo el jardín, barriéndola, bajo un cielo helado.

El bonsai volvió a temblar, y los dedos de Graciela se deslizaron libremente. Ella se puso de pie, debatiendo: ¿quedarse o correr? Escuchó las palabras guía del árbol. Escuchando solo el zumbido de las hojas sacudidas por el viento, se dio la vuelta, atravesó una maleza espinosa, encontró el camino de asfalto y partió.

Cuando llegó al arco blanco de la entrada, jadeó. Más allá se extendió un cielo nocturno infinito. Eso y nada más. El jardín era una isla flotante, su borde una caída precipitada.

Se apartó del borde irregular y corrió, buscando el grupo de árboles más grueso. En la penumbra, ella tropezó, cayó, golpeó su cabeza contra una raíz.

#

Al despertar, Graciela abrió los ojos a las hojas enmarañadas, el cojín debajo de su mejilla. Se levantó entre plantas ahora moteadas de sol y sombra. Levantando la vista hacia un fondo azul, se sintió aliviada al ver el penacho blanco de una nube estacionaria. No sintió ningún tirón lateral, ni un indicio de movimiento. ¿La extraña experiencia había sido un sueño? ¿Una crisis mental?

Su templo palpitaba. Pasándose los dedos por el pelo, sintió un nudo en el cuero cabelludo y recordó la caída. Sí, una posible explicación. Delirios, tal vez, inducidos por. . . ¿una conmoción cerebral? En cualquier caso, ahora estaba de vuelta a la normalidad. Era hora de irse, volver a su auto y a la realidad.

A medida que avanzaba por el camino asfaltado, reaparecieron las preocupaciones habituales. La extraña experiencia la había dejado resuelta: viajaría al norte Sudamérica algún día, a la selva, cuando fuera el momento adecuado, pero tenía responsabilidades que enfrentar en el presente, incluido el informe legal que preparar, las facturas que pagar, las citas que cumplir, llamadas para devolver.

Ella se colocó debajo del arco blanco, luego se detuvo en seco y quedó boquiabierta ante la vista que tenía ante ella.

El terreno no terminó en una caída aterradora, pero el estacionamiento, toda la ciudad!... se había desvanecido. Extendiéndose más allá del jardín había más árboles amazónicos, y serpentear a través de ellos era un camino de arena.

Graciela parpadeó con incredulidad, porque allí estaba el sendero a su aldea.

Hasta esa racha de arena, una figura se acercó. Graciela, sacudida por la incertidumbre a su alrededor, estaba a punto de esconderse, hasta que reconoció el rostro amable de su abuelo. Sí, aunque acortado y doblado con la edad, definitivamente era Miguelo. Sus brazos llevaban los tatuajes tribales que recordaba, y en su costado había otra característica única, una cicatriz de un ataque de jaguar.

Cuando él se acercó, ella inhaló el aroma familiar de las hierbas medicinales. Él le dirigió esa mirada, la que recordaba de su infancia, la

que la hacía parecer flotar, como si tuviera la mitad de su peso.

"Bienvenido a casa", dijo, su voz áspera después de años de desgaste. Se volvió hacia los árboles del jardín, pasó un largo momento en silencio, luego se enfrentó a Graciela.

"Te he estado buscando a través de mis sueños, sin éxito. Afortunadamente, me contactaste. Y justo a tiempo".

Graciela negó con la cabeza. "¿Cómo pasó esto?"

"Tú, yo, los árboles, todos jugamos un papel. ¿Pero por qué preguntamos cómo? La pregunta es por qué". Miró por el sendero.

"La Amazonia está amenazada. Necesita tus habilidades especiales".

Graciela sintió la carga de sus expectativas. "Haré todo lo que pueda, pero eso puede ser limitado. Primero, debería estudiar los estatutos de este país, averiguar cómo se puede usar mi título de abogado aquí".

El se rió "No esas habilidades".

Señaló hacia el sendero. "Ahora ven. Tienes mucho que aprender. Y yo, preparándome para volar, tengo poco tiempo para enseñar".

Graciela se detuvo un momento, absorbiendo sus palabras, luego sonrió y se quitó los zapatos.

Saboreó cada paso, cada aroma, el polvillo que se levantaba al toque de sus zapatillas con la tierra colorada.

"Ve las gotas de roció. Viene la tormenta. No temas, la naturaleza no lastima, hace lo que debe. El hombre, en cambio... es a quien debemos temer."